

HISTORIA GENERAL  
**DE FRANCIA**

POB

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 266 y 267.

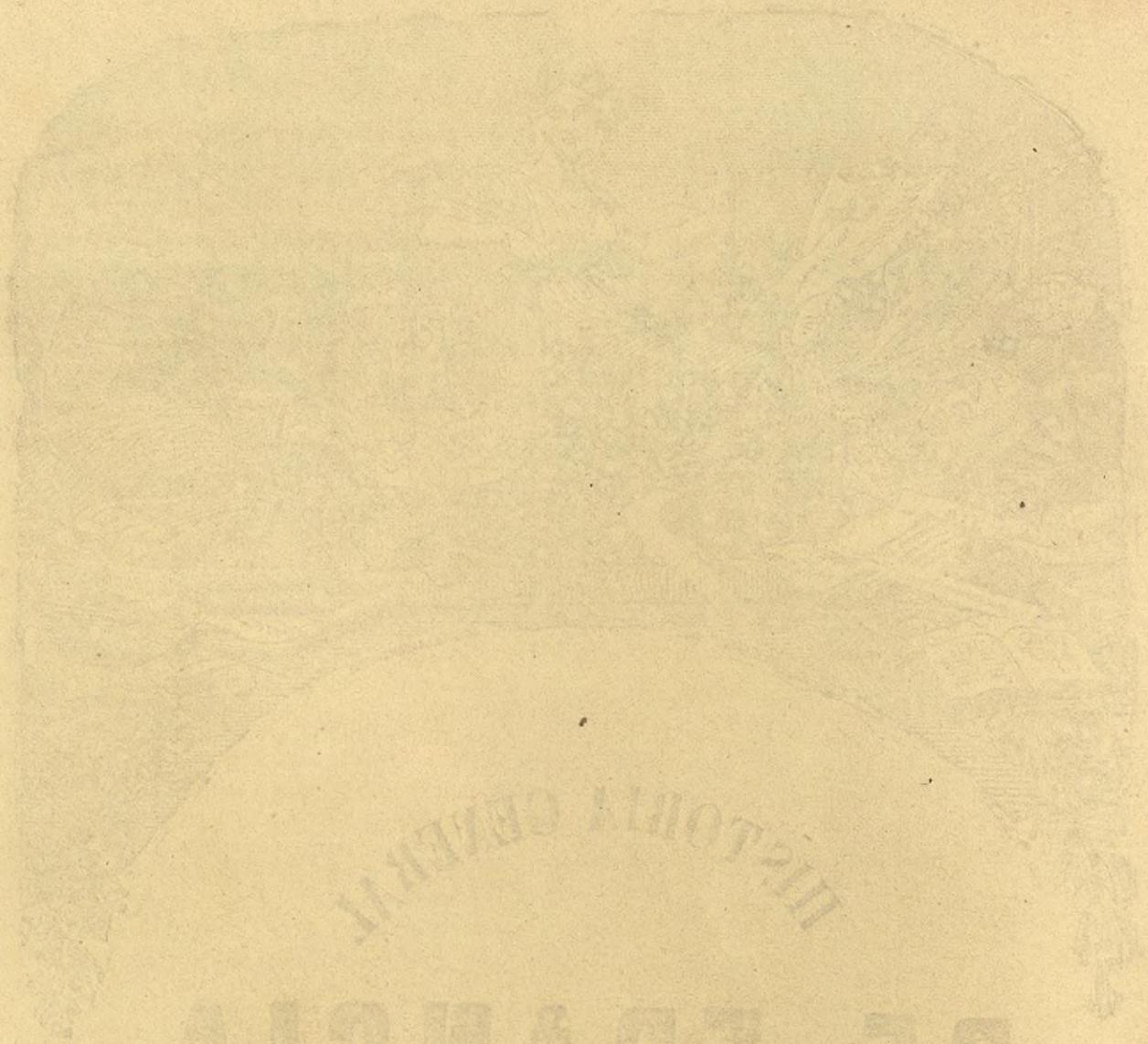
BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1875.

Véase el anuncio del dorso.



HISTORIA GENERAL

DE FRANCIA

D. VIGNON DE LA PIERRE

Entre los años 200 y 207

BARRIS

LIBRERIA BELGICA Y FRANCESA DEL HISTORICO DE LA FRANCIA

1875

1875

Verso el número del dorso

lacio de las Tullerías, y lo ponía al abrigo de un ataque inmediato. Los cuatro regimientos de línea que asistieron con el arma al brazo á la batalla de la víspera, habíanse replegado

cerraban el paso al pueblo que se agitaba hacia treinta y seis horas delante de sus filas inmóviles; en la entrada de la calle de la Paz, el cincuenta, halagado por el pueblo, podía á



ATENTADO DE ALIBAUD CONTRA LUIS FELIPE (25 DE JUNIO DE 1836).

alrededor de las Tullerías, sin querer tomar una parte activa en aquella horrible lucha: el quinto y el cincuenta y tres se hallaban formados en masa en la plaza de Vendome, y

duras penas contener á la multitud que acudía á los alrededores de las Tullerías; el quince ligero, por fin, que se habia retirado al jardín por la verja del estanque, no se mostraba

dispuesto á emplear sus armas contra el pueblo, próximo á penetrar allí por el Puente Real, y desde aquel momento la tropa de línea fluctuó entre la neutralidad y la defección. La guardia real se hallaba consternada, á pesar de la gratificación de mes y medio de sueldo que el Rey mandara distribuirle en *muestra de satisfaccion*, y solo los suizos estaban resueltos á no faltar á su honor. Desde la mañana sostenían el nutrido fuego de los insurrectos, que parapetados en las ventanas, en los tejados y en las esquinas de las calles, acribillaban á balazos las columnas del Louvre, mientras el parapeto de la orilla izquierda del Sena enviaba continuos proyectiles á las ventanas del Museo de pinturas y á las de la opuesta fachada del Instituto, y aquel mútuo tiroteo habria durado hasta la noche, si la Columnata no hubiese sido de repente privada de sus defensores, cesando de contestar á las descargas de los amotinados. Uno de los dos batallones que ocupaban el Louvre, acababa de ser llamado por orden de Marmont para suplir á la tropa de línea que se habia pasado al pueblo y fraternizado con él, despues de levantar al aire las culatas, y como las cercanías del palacio y del jardín quedaban en descubierto, á consecuencia de aquella defección, mandó el mariscal al general Salis, jefe de los suizos, que enviase un batallón á la calle de Rivoli para contener la irrupción del pueblo. Semejante orden, mal comprendida y peor ejecutada, dejó la Columnata sin un solo defensor, y entonces algunos jóvenes escalan las verjas, derriban las puertas de la galería baja, penetran en los aposentos del primer piso, y desde todas las ventanas que dan al patio, dirigen un mortífero fuego contra los suizos que no tienen tiempo para formarse en compañías. Ante aquella agresión inesperada, los suizos no intentan siquiera resistir; retíranse en desorden hácia las Tullerías, y su pánico se comunica á los destacamentos de la guardia real y á la caballería formada en batalla en la plaza del Carrousel; las filas se confunden, y jinetes, infantes y artilleros, oficiales y sol-

dados, empiezan el irresistible movimiento de retirada á través del jardín de las Tullerías, creyendo tener detrás de sí á todo el pueblo vencedor, cuando solo aparecen en las ventanas, disparando al azar entre la confusión, algunos hombres mal armados, dirigidos por los jóvenes de las escuelas. La multitud, empero, que ha seguido los pasos de aquellos temerarios, se precipita con furiosos clamores en pos de los fugitivos, é inundando la galería de las Pinturas, invade en tumulto el Palacio, que su guarnición abandona sin hacer uso de sus armas. El jardín se llena de una confusa masa de tropas de todas armas que se empujan y atropellan, y el Mariscal arrastrado por el torrente se encuentra solo, á pié y con la cabeza descubierta en medio de aquella derrota general; manda entonces dirigir una pieza de artillería contra el Palacio, y con una sola bala rasa detiene á los vencedores, que cesan en su persecución para apoderarse de las desiertas Tullerías y devastarlas con ferroz alegría. Marmont, puede entonces, sin ser inquietado, reunir sus dispersas tropas bajo los corpulentos árboles que protegen su retirada; fórmanse otra vez las filas, reorganizan los cuerpos; pero no intenta tomar de nuevo la ofensiva, y se encamina lentamente hácia Saint-Cloud por la avenida de los Campos Eliseos. En tanto, el pueblo es dueño del Louvre y de las Tullerías, donde reina un cadáver desconocido y cubierto de andrajos en el trono de Carlos X; la bandera tricolor reemplaza á la bandera blanca en el pabellón del Reloj; las galerías del Louvre y los aposentos de las Tullerías se hallan atestados de una turbulenta multitud de combatientes, de curiosos y malhechores. Los cuadros y las estatuas del antiguo museo son respetados, pero del museo de Carlos X se sustraen joyas por valor de un millon; el populacho saquea con furor la residencia de los Reyes, destroza los muebles, rasga las colgaduras, rompe los espejos y arroja por las ventanas los papeles, los libros y cuantos objetos no seducen su codicia. Los presos salidos de la Conserjería, se apoderaron en tanto de sumas considerables

en metálico y en billetes de banco, de joyas inestimables, de objetos preciosos, de cuanto pueden llevar consigo. De repente se oye una voz que grita: *¡Aquí se roba!* sucédele otra de *¡Mueran los ladrones!* y al momento se improvisa en el interior del palacio una policía severa que vigila todas las salidas: los individuos sospechosos son interrogados; los que conservan en su poder objetos robados, son fusilados al momento, y se escribe en las paredes con gruesos caracteres la disposición tomada por el pueblo: *¡Mueran los ladrones!*

Los diputados se habían reunido aquel mediodía en la casa de Lafitte; la inesperada marcha de los acontecimientos había obrado sobre los más tímidos, y empezábase á considerar sin espanto una insurrección que tomaba el carácter unánime y solemne de una revolución. Nadie se había atrevido ya á declararse despojado del título y mandato de diputado, á justificar, ni siquiera á excusar el principio de las ordenanzas, y al estrépito del tiroteo, circunscrito entonces alrededor del Louvre, no se agita ninguna de las cuestiones que habían dividido á los diputados en las reuniones anteriores. El general Lafayette se hallaba en la Casa de la Ciudad, y la asamblea le confirmó por aclamación el mando superior de las fuerzas parisienses; la aparición de su ayudante de campo provisional Alejandro de Laborde, vestido con el uniforme de guardia nacional, arrastra á los diputados que aun vacilaban, y el general Gerard da el ejemplo de aquel impulso universal, ofreciendo reunirse con el *veterano de la libertad* para dirigir las operaciones activas del ejército del pueblo. Créese que le dictó estas palabras el partido orleanista, á fin de que, colocado junto á Lafayette con una autoridad militar, pudiese refrenar las tendencias republicanas del anciano general, á quien rodeaban jóvenes ardientes y activos jefes del carbonarismo. La asamblea aplaudió la proposición de Gerard, y le dió los poderes que solicitaba, apresurándose el general á vestir su uniforme, á reclutar una especie de estado mayor, y á dirigirse á las Casas Consistoria-

les, organizando antes en cuerpo de tropas á cuantos soldados encontró en su camino, y á los restos de los regimientos que se habían desbandado para abrazar la causa popular. En todos los cuarteles que atravesó acogiéronle con gritos de *¡Viva la libertad!* Nadie pensaba ya en las ordenanzas y en los ministros, en Polignac, ni en los Borbones, y el pueblo de París se sentía poseído del espíritu de 1789. El general Lafayette aceptó sin desconfianza los servicios del general Gerard, que junto con el general Pajol, no tardaron en ser los únicos que diesen órdenes en las Casas Consistoriales. Lafayette había decretado el restablecimiento de la guardia nacional parisiense, y aquel primer acto de su dictadura le trasladaba á los bellos tiempos de su carrera política: había probado el derecho de la insurrección y restablecido la guardia nacional; el resto le parecía, sino secundario, muy poco urgente á lo menos, y no se apresuraba á decidir acerca de la forma de gobierno más conveniente para la Francia, si bien se complacía en invocar en todas ocasiones los recuerdos de la *gloriosa revolución francesa*, y de la república americana. Cuantos le rodeaban, antiguos patriotas de 1789, abogados jóvenes, excarbonarios, alumnos de las escuelas, deseaban con impaciencia la república; pero no se atrevían á pronunciar su nombre, que habría quizás dividido á los combatientes llamados á las armas al grito de *¡Viva la Carta!* Conspirábase, pues, en las Casas Consistoriales en favor de la república, mientras que se combatía aun en el Louvre, y que otros conspiradores, pertenecientes todos á la época imperial, pensaban en levantar el trono de Napoleón II sobre las ruinas de la monarquía constitucional. Esta era la situación crítica del momento, cuando advertida la reunión de diputados de la doble conspiración bonapartista y republicana que se tramaba á la vista de Lafayette, y casi sin que él la observara, imaginó equilibrar su omnipotencia, dándole por contrapeso una comisión municipal, encargada de los negocios públicos en nombre de la Cámara y del país, especie de gobierno pro-

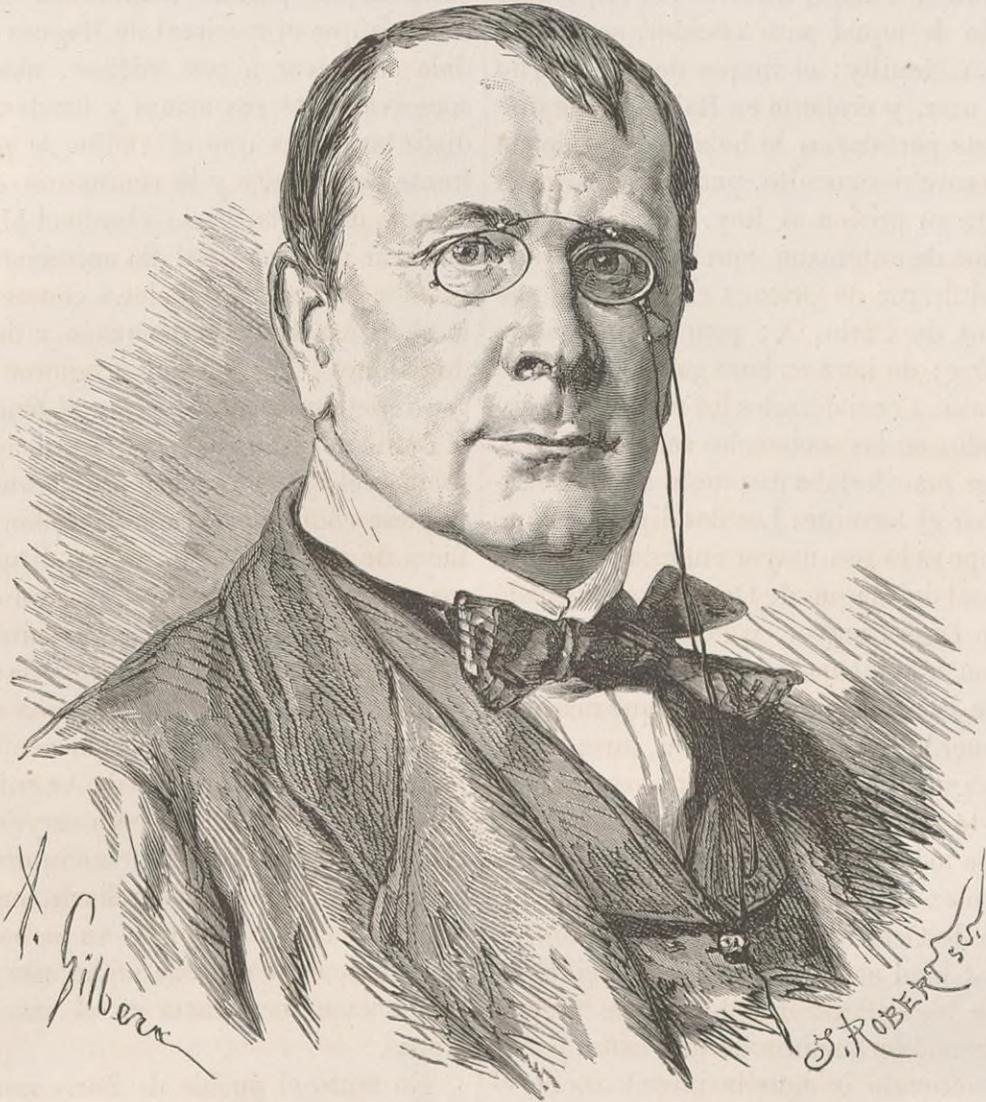
visional, destinado á neutralizar la autoridad dictatorial de Lafayette. Los miembros de dicha comision, nombrados en votacion secreta, fueron en un principio Lafitte, Casimiro Perier, Lobau, Odier, Gerard y Mauguin, pero como Odier no aceptó el cargo, y Gerard desempeñaba ya otro no menos importante, reemplazáronles Schonen y Audry de Puyraveau. Lafayette recibió con placer á la comision que pasó á instalarse en las Casas Consistoriales, y consintió de buen grado en dividir con ella un poder que veia ya disputado por los ambiciosos que le rodeaban. La comision se ocupó, sin pérdida de momento, de las medidas mas urgentes, y publicó varios decretos para invitar á las tropas de línea y de la guardia real á dirigirse dentro cuarenta y ocho horas al campamento que habia de establecerse en Vaugirard; para declarar que el pueblo de París no conservaba rencor alguno contra los militares que se habian mostrado fieles á la disciplina, con tal que consagrasen en adelante sus armas al servicio de la patria y de la libertad; para poner bajo la salvaguardia de los buenos ciudadanos los monumentos y los establecimientos públicos; para rogar á los habitantes que abriesen de día sus puertas é iluminasen de noche sus ventanas, etc. Aquella noche, París, cuyos reverberos todos se hallaban rotos, fué guardada como una plaza de guerra á la viva luz de una iluminacion general, que no le comunicaba, sin embargo, el menor aspecto festivo; completóse el sistema defensivo de las barricadas; cada calle se convirtió en un campamento; cada casa tenia un centinela, y pasaban sin interrupcion numerosas patrullas singularmente equipadas. El pueblo era dueño de la ciudad y de los arrabales, pero se esperaba por momentos un ataque, un sitio, un bombardeo: el mariscal de Ragusa habia concentrado sus fuerzas alrededor de Saint-Cloud, y por todas partes marchaban hácia París grandes refuerzos de tropas.

Á media noche, mientras deliberaba en la Casa de la Ciudad la comision municipal, y Lafayette celebraba consejo con los repúbli-

cos en una sala inmediata, solicitaron ser introducidos los enviados de Carlos X. Eran estos Semonville y Argout, llegados de Saint-Cloud á través de mil peligros, y anuncian que el Rey ha retirado sus ordenanzas y cambiado su ministerio. «¡Es demasiado tarde!» exclama Schonen con una impetuosidad que arrastra á unos y contiene á otros.—«¡Es demasiado tarde!» repiten Mauguin y Audry de Puyraveau. Lafitte, Lobau, Gerard y Casimiro Perier se turban; el último intenta reducir á sus colegas á una transaccion, pero él es á quien Carlos X ha nombrado ministro de hacienda, confiándose al general Gerard la cartera de guerra. La mayoría de la comision municipal decide no poder admitir proposiciones de reconciliacion que no descansan en documentos oficiales, pues Semonville y Argout habian partido de Saint-Cloud antes de que el nuevo gabinete, cuya formacion estaba terminando el duque de Mortemart como presidente del consejo de Ministros, hubiese sido constituido definitivamente por medio de un real decreto. Además, el baron de Vitrolles que les acompaña como mandatario particular del Rey, acaba de desprestigiarles con su presencia y sus palabras, y los embajadores de la vencida monarquía se retiran consternados, mientras que la comision municipal, en la que triunfa la opinion de la mayoría, bajo la influencia de Lafayette, redacta una proclama al pueblo que empezaba con estas palabras: *¡Carlos X ha cesado de reinar!* Esta proclama á la que Casimiro Perier se niega á poner su nombre, el cual fué reemplazado por el del secretario de la comision, Odilon Barrot, se fijó al dia siguiente en todas las esquinas de la capital, entre los aplausos de la muchedumbre; mas, el viernes 30, al asomar el dia, envia Saint-Cloud nuevos negociadores. El duque de Mortemart, que no parece y que anuncia constantemente su próxima llegada, ha encargado al conde de Sussy que presente á la comision municipal las ordenanzas del Rey fechadas el 29, *por la noche*, aboliendo las del 25 y nombrando un ministerio en el que figuran los nombres de Casimi-

ro Perier y del general Gerard. Lafayette lee en alta voz el documento en medio de murmullos y clamores que sin cesar le interrumpen: — «¿Qué contestaremos? preguntó dirigiéndose al tumultuoso auditorio. — ¡No haya transacción! gritan de todas partes. — Ya lo oís, dijo el general al enviado; ¡es demasiado

y creen que la abolición de las ordenanzas contrarias á la Carta y la retirada del ministerio, son prendas suficientes ofrecidas á la paz y á la concordia. Esto no obstante, la ausencia del nuevo presidente del consejo impide adoptar resolución alguna, y la discusión cambia de objeto; háblase con inquietud de



EMILIO DE GIRARDIN, FUNDADOR DEL PERIÓDICO LA PRESSE.

tarde!» El duque de Mortemart no pierde aun toda esperanza, y manda presentar las ordenanzas del Rey á la conferencia de diputados que Lafitte ha reunido en su casa, y que no admiten muchos de los actos de la comisión municipal; la mayoría de los asistentes opinan por favorecer la negociación de que se ha hecho intermediario el duque de Mortemart,

los proyectos republicanos y bonapartistas que se forman en la Casa de la Ciudad, y cuya explosión contiene el general Lafayette; háblase allí de proclamar la república; se dice que el pueblo está muy irritado contra Carlos X para que sea fácil hacerle aceptar una transacción, y alguno entonces, Lafitte, á lo que se cree, pronuncia por primera vez el

nombre del duque de Orleans, proponiendo elevarle al trono para evitar la república y la guerra civil. El nombre del Duque, que no suscita la menor oposicion, habia sido pronunciado muchas veces en voz baja durante los tres dias, y aun aquella misma mañana, sus amigos le habian rogado que se presentase cuanto antes; Thiers, director del *Nacional*, encargado de aquel paso oficioso, se dirigió en vano á Neuilly; el duque de Orleans no aparecia aun, y creíanle en Rainci desde que uno de sus partidarios le habia advertido de que se mantuviera oculto, pues no faltó quien aconsejara su prision al Rey. Los diputados, preparados de antemano, aprobaron la idea de confiar al duque de Orleans el cetro caido de las manos de Carlos X; pero era necesario apresurarse: de hora en hora ganaban terreno en las Casas Consistoriales los republicanos y los afiliados en las sociedades secretas, y Lafayette se manifestaba dispuesto á dejarse arrastrar por el torrente. Los dos diputados que habian apoyado con mayor energía la candidatura real del duque de Orleans, su abogado ordinario Dupin mayor, y Persil, otro abogado, fueron los embajadores de la reunion Lafitte y de la comision municipal que marchaba de acuerdo con ella; partieron, pues, á pié y de incógnito, á fin de no excitar sospechas, y les costó no poco trabajo el ver al Príncipe y sobre todo el persuadirle de tomar un papel activo en la revolucion, hasta que por fin el duque de Orleans, que tenia emisarios así en Saint-Cloud como en París, se decidió en virtud de las noticias que de la córte recibia, á separarse abiertamente de una causa perdida, prometiendo ir aquella misma noche al Palacio Real. En aquel momento todo era confusion en la residencia de Saint-Cloud; aunque la etiqueta conservaba como una sombra de poder alrededor de Carlos X, conociase ya que no era rey mas que de nombre; sus órdenes no atravesaban el recinto de palacio en el que se encontraba en cierto modo prisionero. Luego que se supo el mal éxito de la negociacion entablada por Semonville y Argout continuada por Sussy y personajes oficiosos,

los cortesanos habian desaparecido; las antecámaras quedaron desiertas, y si bien la guardia real acampada en el parque y en los alrededores defendia por todos lados el palacio, parecia poco deseosa de vengar su derrota empezando de nuevo una lucha fratricida, y se limitaba á rechazar á los campesinos que insultaban sus puestos avanzados. Las tropas de línea que el mariscal de Ragusa habia podido conservar á sus órdenes, abandonaron sucesivamente sus armas y banderas. Dijose distintas veces que el Delfin se pondria al frente del ejército y lo conduciria en batalla delante de París, mas no tardó el Mariscal en publicar una orden del dia anunciando la suspension de las hostilidades á consecuencia de la abolicion de las ordenanzas y del cambio de gabinete. Los soldados acogieron la noticia con repetidos gritos de *viva el Rey!* y celoso el Delfin de su autoridad gerárquica de jefe supremo del ejército, ofendióse de que no se le hubiese comunicado aquella orden del dia; fuera de sí, llamó á Marmont, dirigióle severos cargos, le mandó entregar su espada, y habiéndosela arrancado de la vaina, hirióse los dedos al forcejear para romperla: «¡Jamás habria creído, dijo el Mariscal con amargura, que debiese teñirse mi espada con la sangre de un Borbon!» El duque de Angulema pidió á grandes gritos castigo para un rebelde y un traidor, y el mismo Rey debió intervenir para calmar á su hijo y reconciliarle con el Mariscal, quien disgustado de su adhesion á los Borbones, ejerció desde aquel momento solo una accion secundaria en el mando de las tropas.

En tanto el pueblo de París inundaba las cercanías de las Casas Consistoriales, donde Lafayette y la comision municipal celebraban consejo con los principales representantes del partido liberal y los jefes populares de la insurreccion. El nombre del duque de Orleans circulaba de grupo en grupo; decíase que habia abrazado la causa del pueblo, y que cuanto antes llegaria de Neuilly; esperábasele, pues, con ansiedad y su elogio estaba en todos los labios: elogiábase su patrio-

tismo, sus opiniones, su carácter político, sus costumbres privadas, y el grito de *¡viva el duque de Orleans!* débil y tímido al principio, luchaba ya con los gritos rivales de *¡viva la libertad!* y *¡viva Napoleon II!* Los curiosos visitaban con admiración y respeto el teatro del combate, y examinaban las barricadas amenazadoras todavía, los estragos de las balas, la sangre que salpicaba las piedras de la calle, á los héroes y á las víctimas. Delante de la columnata del Louvre habíase abierto un foso ancho y profundo que iba llenándose de cadáveres cubiertos de cal; el vicario de San German l'Auxerrois, rodeado de un gentío piadosamente enternecido, rezaba por los difuntos las oraciones de la Iglesia, mientras que eran llevados por el Sena al Campo de Marte cuantos cuerpos se suponía pertenecer á la guardia real. El Hotel-Dieu estaba lleno de heridos que sucumbían más que por la gravedad de sus heridas por su exaltación moral y por el calor extraordinario del verano; el aspecto de los hospitales hizo pensar al principio que el número de víctimas se elevaba á quince mil, suponiéndose que la tropa había experimentado pérdidas considerables; pero supose luego con admiración que dichas pérdidas se limitaban á doscientos cincuenta muertos y á seiscientos heridos. Por parte del pueblo hubo cuatro mil quinientos heridos y setecientos ochenta y ocho muertos, número enorme si se compara con el de los insurrectos que solo eran de dos ó tres mil el primer día, y que el tercero contaban apenas doce mil hombres armados. Referíanse los innumerables episodios de valor, de intrepidez, de generosidad y de grandeza de alma que ocurrieron durante la lucha, y la exageración aumentaba el entusiasmo. El pueblo se admiraba de su victoria, tanto más sorprendente cuanto que era menos creíble, y ni siquiera pensaba en aprovecharse de ella. Los tenderos, la gente pacífica se apresuraba á distribuir vino, víveres y ropa á los héroes de las barricadas, diciendo entre sí con terror y en voz baja, que la capital se hallaba á merced del pueblo, y que este podía cansarse

de su magnanimidad; temores é inquietudes que favorecían no poco á los autores de combinaciones monárquicas y republicanas. Chateaubriand, á quien las ordenanzas habían sorprendido en los baños de mar, había vuelto á París, y procuraba ya formar en la Cámara de los pares un partido realista de derecho divino para oponerse al partido de los realistas constitucionales que ofrecían la corona al duque de Orleans; su plan era proclamar al duque de Burdeos después de haber abdicado Carlos X y el Delfín, y su nombre popular, puesto al frente del partido defensor de la legitimidad, habría podido ser muy provechoso al joven heredero del trono. Chateaubriand, reconocido en la calle, fué saludado con grandes aclamaciones y llevado en triunfo hasta el palacio de Luxemburgo, mas los pares y los hombres de Estado se hicieron sordos á su voz, y el nuevo presidente del consejo que debía dar impulso á aquella obra de adhesión monárquica, no se mostró en parte alguna cuando tan indispensable parecía su presencia. Los diputados de la reunión Lafitte continuaban en sesión esperando noticias de Neuilly, mas habían trasladado su residencia á la misma Cámara como á un terreno más legal, y allí fueron á encontrarles sus embajadores Dupin y Persil. La contestación semievasiva del duque de Orleans fué comunicada á la asamblea, que se había aumentado con treinta nuevos miembros, y veía llegar sucesivamente á los tímidos ó indecisos. Después de dar cuenta de su misión, propuso Dupin conferir espontáneamente al duque de Orleans la tenencia general del reino, y redactado un mensaje en este sentido, nombróse una diputación presidida por Sebastiani para presentarlo al príncipe. La comisión se dirigió aquella tarde al Palacio Real, pero el Duque no había llegado aun y no lo verificó hasta la noche, al tiempo que las alocuciones redactadas en las oficinas del *Nacional* eran fijadas en todas las esquinas, preparando á la opinión pública para los acontecimientos del día siguiente, é invitando á la Francia á arrojarse en brazos del duque de Orleans. La



TOMA DE SAN JUAN DE ULLOA (MARZO DE 1838).

comision municipal, aunque en sesion permanente en las Casas Consistoriales, se hallaba representada en la Cámara por algunos de sus miembros, y si se exceptua á Audry de Puyraveau, manifestábase unánimemente favorable á la entronizacion del duque de Orleans. Mientras se resolvía la cuestion, habia

mirante Rigny, al de marina; Guizot, al de instruccion pública, y el baron Louis se habia establecido desde la víspera en el ministerio de hacienda. Desde la víspera tambien, varios diputados se habian apoderado de los mas importantes empleos: Alejandro de Laborde, de la prefectura del Sena; Baron, de



GUIZOT.

atendido con urgencia á la administracion de los asuntos del Estado, nombrando comisarios provisionales para los diferentes ministerios: Dupont de l'Eure fué llamado al departamento de justicia; Bignon, al de negocios extranjeros; el general Gerard, al de la guerra; el duque de Broglie, al del interior; el vice-al-

la policia; Chardel, de la direccion de correos; Marschall, de la de las líneas telegráficas. La salida de los correos, interrumpida hacia dos dias, y sobre todo, el uso del telégrafo, puso de nuevo á Paris en comunicacion con la Francia, y en cada ciudad hacíase la revolucion por sí sola á la vista de la bandera

tricolor que ondeaba en el consistorio. El entusiasmo se propagaba así de ciudad en ciudad, de departamento en departamento con una rapidez eléctrica, y sin embargo, se ignoraba todavía qué gobierno había de reemplazar al del vencido Carlos X; el general Lafayette se hallaba asediado, como nunca, por los hombres que se consideraban los autores, y por consiguiente, los árbitros de la revolución, y si bien no se atrevía á contradecirles abiertamente en cuanto aquellos jóvenes republicanos, llenos de ardor y de fe, habían creado de acuerdo con él las sociedades secretas de la Restauración, tampoco podía resolverse á dejar libre campo á sus ideas y proyectos. Espantado quizás de su obra y de la responsabilidad que había contraído, luchaba y vacilaba hacia veinte y cuatro horas, cuando la lucha se hizo más viva y la resistencia más difícil al oponer el nombre del duque de Orleans, otra nueva solución, á las que se agitaban en los conciliábulos de las Casas Consistoriales. Lafayette conservaba aun cierta influencia sobre los partidarios de la república; pero los del imperio, que no esperaban ganar terreno por medio de la discusión y que eran más soldados que oradores, habrían acabado por intentar algo contra la Casa de la Ciudad al grito de ¡viva Napoleón III! á no haber sido reducidos á prisión sus principales jefes. Desde entonces, los republicanos no contaron con más adversarios que el general Lafayette, convertido de repente en abogado y auxiliar del duque de Orleans, como si mediara entre ellos un tácito pacto desde 1789: la comisión municipal, y sobre todo uno de los comisarios, el barón de Schonen, habían convencido á Lafayette, quien creyó no renunciar á la república sirviendo los intereses de un príncipe patriota, formado en la escuela de la libertad y de la desgracia, ex-ayudante de campo de Dumouriez y héroe de las batallas de Jemmapes y de Valmy.

El Príncipe celebraba también consejo en el Palacio Real, mientras que sus partidarios se hallaban todos en movimiento; asegúrase que Talleyrand fué su guía misterioso, y que

no dió un solo paso en la nueva senda que para él se abría sin consultarlo con su hermana, la princesa Adelaida; de modo, que apoyándose á la vez en los combinados consejos de la mujer de más talento y del más astuto de los hombres, avanzó confiado y animoso hacia el objeto que siempre se propusiera, y que tantas veces estuvo próximo á alcanzar. Esto, no obstante, aun con sus mejores amigos fingió resistir y no ceder sino á repetidas instancias, á razones de fuerza mayor; con los miembros todos de la comisión municipal, con varios jefes del partido liberal renovó la escena de vacilación y de resistencia, y de negativa en negativa acabó por resignarse, por sacrificarse, según él decía. *Una corona ó un pasaporte*, le habían dicho sus partidarios, y llegada la mañana del sábado 31 de julio, mostróse por fin más decidido al presentarle la diputación de la Cámara el título de Teniente general del reino; entonces aceptó, no sin manifestarse todavía indeciso, la «elevada y peligrosa misión que la Cámara le confiaba,» y entregó la copia de una proclama preparada de antemano y dirigida á los habitantes de París, en la cual declaraba no haber vacilado en compartir sus peligros y en colocarse en medio de su heroica población bajo los gloriosos colores que por mucho tiempo había usado. «Las Cámaras van á reunirse, decía, y sus miembros dispondrán lo necesario para afianzar el reinado de las leyes y los derechos de la nación. Una Carta será en adelante una verdad.» El día trajo consejo, y en virtud de las observaciones de Talleyrand, el *Monitor* del día siguiente publicó una rectificación que cambiaba totalmente el sentido de la frase, diciendo *la Carta* en vez de *una Carta*; en aquella errata se hallaba comprendido todo un programa de gobierno. La proclama en que se hablaba de una Carta nueva y no de la Carta de Luis XVIII, fué presentada á la Cámara junto con la relación de los delegados á quienes enviara cerca del duque de Orleans, y fué recibida con unánimes aclamaciones. Los diputados, reunidos entonces en número de noventa y cuatro en el lugar

ordinario de sus sesiones, habian nombrado á Lafitte para la presidencia, y secretarios á Guizot, Villemain, Berard y Benjamin Constant, y una proclama, redactada por estos en nombre de la asamblea, anunció haber aceptado el Príncipe el cargo de teniente general del reino á invitacion de los diputados presentes en París: «Este ha sido á sus ojos el medio mas eficaz para asegurar prontamente, por medio de la paz, el triunfo de la mas legítima defensa,» y esta frase vaga y pomposa ocultaba el papel que se destinaba al Príncipe «consagrado á la causa nacional y constitucional.» Las garantías que Benjamin Constant habia formulado como «necesarias para hacer á la libertad fuerte y duradera,» eran las siguientes: «El restablecimiento de la guardia nacional con intervencion de sus individuos en el nombramiento de los oficiales; intervencion de los ciudadanos en la formacion de las administraciones departamentales y municipales; el jurado para los delitos de imprenta; la responsabilidad de los ministros y de los agentes secundarios de la administracion legalmente organizada; el estado de los militares legalmente asegurado; la reeleccion de los diputados promovidos á funciones públicas.» Salverte, Corcelles y otros diputados habian pedido garantías mas latas, pero la discusion fué precipitada, y votóse la proclama en que se despojaba del trono á Carlos X sin nombrarle, proclamándose rey al duque de Orleans con el título de teniente general del reino. «El Príncipe respetará nuestros derechos, decíase, en cuanto los suyos tendrán su origen en nosotros.» Propúsose entonces dirigirse en masa al Palacio Real, y todos los diputados presentes que habian firmado el manifiesto, marcharon á presentarlo al Príncipe, quien despues de enterarse de él, contestó en estos términos: «Como francés, deploro el daño causado al país y la sangre derramada; como príncipe, me complazco en contribuir á la felicidad de la nacion. Señores, vamos á la Casa de la Ciudad!» El duque de Orleans se puso al frente de la imponente escolta que las circunstancias le ofrecian, y

partió para las Casas Consistoriales, rodeado, seguido y precedido por una multitud de guardias nacionales y de hombres del pueblo, que gritaban: ¡Viva el duque de Orleans! ¡viva el Teniente general! ¡vivan nuestros diputados! ¡viva Lafayette! gritos que, repetidos por el gentío que se agolpaba al paso del Príncipe y de su cortejo, ahogaban otros tímidos y recelosos de ¡viva la libertad y viva la república! Advertido el general Lafayette de la llegada del Teniente general del reino, fué á recibirle á la entrada de las Casas Consistoriales, y al verles cordialmente abrazados, redoblaron las aclamaciones. Luis Felipe de Orleans, apoyado por una parte en el brazo de Lafayette, y por otra en el de Lafitte, pudo á duras penas abrirse paso á través de la multitud y llegar al salon donde se leyó entre grandes aplausos la proclama de los diputados. El Príncipe pronunció dos ó tres frases expresando su emocion y su gratitud.—«Monseñor, le dijo Lafayette como para dar satisfaccion á sus amigos políticos que le acusaban de haberse dejado seducir, ya sabeis que soy republicano y que considero la Constitucion de los Estados Unidos como la mas perfecta que ha existido.—Opino como vos, contestó el Príncipe, pero ¿creeis acaso que en la situacion actual de la Francia convenga adoptar aquella Constitucion?—No, repuso Lafayette, lo que necesita hoy el pueblo francés es un trono popular rodeado de instituciones republicanas.—Lo mismo pienso yo, dijo el duque.» Esta sencilla conversacion, desfigurada y comentada por el espíritu de partido, tomó mas tarde las proporciones y el carácter de una convencion explícita entre Lafayette y el duque de Orleans, quien, segun se aseguró, hizo formales promesas al pueblo, fijando desde entonces los deberes de su gobierno. Aquello fué lo que recibió luego el nombre de *programa de las Casas Consistoriales*, programa fantástico, cuya ejecucion reclamó mas tarde el mismo Lafayette. Para poner término á una conversacion que no era de su agrado, el Príncipe cogió al General por la mano y le llevó cerca de una ventana abierta, mostrán-

dose junto con él á la entusiasmada multitud; en seguida cogió la bandera tricolor, y al agitarla sobre su cabeza estallaron grandes aclamaciones, y solo dos ó tres voces enérgicas protestaron en nombre de la república: — « Monseñor, díjole el general Dubourg, tendiendo el brazo hácia la plaza llena de armas, de cañones, de uniformes y de banderas, conoceis nuestras necesidades y nuestros derechos; si llegais á olvidarlos os lo recordaremos! » Admirado el Príncipe de aquel violento apóstrofe, contestó con aspereza ser hombre de honor, y no necesitar que se le obligase por temor á cumplir sus juramentos. El regreso del duque de Orleans al Palacio Real fué acompañado de los mismos gritos y trasportes de alegría que le siguieron antes; el Príncipe se veía detenido á cada paso por ovaciones populares que le imponían la obligación de estrechar cuantas manos se le tendían, y aquellos familiares *apretones de mano*, mezclados con benévolas palabras, le granjearon mas simpatías que las mas liberales profesiones de fe. El pueblo no sabia aun si se hallaba en monarquía ó en república, pero cantaba la *Marsellesa*, y apartándose de las mezquinas vías del interés personal, ni siquiera se ocupaba en lo que debía reportarle su victoria: los hombres políticos no imitaban tanta abnegación, y preocupados con sus planes y combinaciones, se hallaban en continuas conferencias con el Teniente general del reino. Aquella noche hicieron en varios puntos de la capital tentativas para proclamar la república; la policía, apoyada por la guardia nacional, intervino, y se apoderó de algunos agitadores: el general Dubourg, al que se atribuía una especie de conspiración republicana, fué preso y puesto en libertad cuando se creyó que su nombre y su voz carecerían de influencia en las masas, no tardando en volver á su oscuridad con la mayor parte de los *héroes* que á sus órdenes habían combatido.

El Teniente general del reino había confirmado la mayor parte de los nombramientos hechos por la comisión municipal, de modo que pudo contar en adelante con los ministros

y los grandes funcionarios. Guizot reemplazó en el departamento del interior al duque de Broglie, el cual rehusó en cambio el título de comisario provisional, y Girod de l'Ain, consejero en el tribunal real, aceptó la prefectura de policía que Bavoux no quiso conservar. Las Cámaras estaban convocadas para el 3 de agosto, y hasta esa fecha procuróse por todos los medios seducir el espíritu público en provecho del duque de Orleans; periódicos, folletos, emisarios deshanciáanse en enfáticos elogios del Príncipe, de sus antecedentes, de sus costumbres, de su familia; pero la mejor propaganda fué la que verificó él mismo mostrándose continuamente en el balcón del Palacio Real, acompañado siempre del general Lafayette que le envolvía, por decirlo así, en su popularidad. Hablábase ya sin rodeos de convertir en rey al Teniente general del reino, y nadie se oponía á ello. En tanto continuaba la capital en extraordinaria fermentación; las calles estaban atestadas de una curiosa y turbulenta muchedumbre, mas el orden no había sido turbado; la tropa de línea volvió sin oposición á sus cuarteles; los héroes cubiertos de harapos conservaban sus armas, pero no sus barricadas, y París recobraba con la circunscripción su vida y aspecto ordinarios, á medida que se reponía el empedrado de las calles y se borraban las huellas de la insurrección. No se temían ya combates ni sitios; Carlos X renunciaba á emplear la fuerza, aceptaba la revolución como un hecho consumado é irrevocable, y siguiendo el consejo de ciertos hombres de Estado que habían adoptado, aunque muy tarde, la opinión de Chateaubriand, había abdicado lo mismo que el Delfín en favor del duque de Burdeos, durante la noche del 1.º de agosto. Carlos X no se hallaba ya en Saint-Cloud: la proximidad de la capital, los tiros disparados contra su guardia, y la dificultad de alimentar á sus tropas, le habían impulsado á retirarse hácia Versalles, y luego hácia Rambouillet, donde llegó el 1.º de agosto, seguido á marchas forzadas por la guardia real, que no profirió ni una sola queja por las fatigas y privaciones

que experimentaba hacia tres días. La familia real esperaba indecisa y resignada el resultado de las negociaciones confiadas á la iniciativa de sus buenos servidores; el Rey

una confianza digna de ser mejor justificada, de proclamar el advenimiento de Enrique V á la corona;» pero en vez de aquella proclamacion que debía participársele *lo mas pronto*



RETIRADA DE CONSTANTINA (NOVIEMBRE DE 1836).

habia reconocido la tenencia general conferida por la Cámara al duque de Orleans, á quien nombró regente durante la minoría del nuevo rey: «Cuidad, pues, escribia á su *primo* con

*posible*, enviáronse desde París tres comisarios para apresurar y vigilar su marcha. Dichos comisarios, el mariscal Maison, Schonen y Odilon Barrot, precedian á seis mil

guardias nacionales y á quince ó veinte mil voluntarios parisienses, que se habian puesto en marcha para combatir á la guardia real y expulsar á Carlos X de su postrer asilo. Tan odiosa y ridícula expedicion fué considerada como una diversion por la mayor parte de los que la emprendieron, y consistió en una burlona comitiva de hombres armados, pertenecientes á todas las clases, amontonados en simones, en ómnibus, en carretas y en toda clase de carruajes embargados, para el *viaje de Rambouillet*; durante el camino se rió, se bebió y se cantó una nueva cancion patriótica, la *Parisiense*, compuesta *ex-profeso* por Casimiro Delavigne, el poeta ordinario del duque de Orleans. La tumultuosa columna aumentaba á cada parada, y el terror que los parisienses (así se les llamaba) sembraban por el camino, les precedió en Rambouillet; Carlos X preguntó á los comisarios, el dia 3 de agosto, si era cierto que cien mil hombres marchasen contra él, y en vista de su contestacion afirmativa, no vaciló en disponer su marcha inmediata, el licenciamiento de la guardia real, y la entrega de los diamantes de la corona. Aquella misma noche emprendió la marcha con la familia real, escoltado por sus guardias de corps y por los tres comisarios del Teniente general del reino, y mientras este se hacia coronar en París, embarcábase aquel en Cherburgo. El mismo dia en que Carlos X y su familia se resignaron al destierro, el Teniente general, rodeado tambien de su jóven familia, abrió las sesiones legislativas en presencia de sesenta pares de Francia y de doscientos cuarenta diputados, todos en traje de paisano; el discurso de la corona no ultrajaba al rey destronado, mas recordaba la deplorable violacion de la Carta y de las leyes defendidas por los parisienses con heróico valor: «Me he presentado, decia el duque de Orleans, firmemente resuelto á consagrarme á cuanto exijan de mí las circunstancias para restablecer el imperio de las leyes, salvar á la libertad amenazada, é impossibilitar la repeticion de tan graves males, afianzando para siempre el poder de la Carta.»

El Teniente general del reino formuló en estos términos el programa de su próxima soberanía, distinto ya del de las Casas Consistoriales: «El respeto de todos los derechos, la proteccion de todos los intereses, la buena fe en el gobierno, son los mejores medios para desarmar á los partidos y volver á los ánimos la confianza en las instituciones y la estabilidad, únicas garantías de la felicidad de los pueblos y de la fuerza de los Estados.» Tan lisonjero cuadro de un porvenir de paz y libertad, terminaba anunciando la doble abdicacion de Carlos X y del Delfin, sin hacer mencion, empero, del advenimiento de Enrique V á la corona, y si bien algunos murmullos realistas protestaron contra semejante reticencia, fueron sofocados por los aplausos de la asamblea. Los gritos de *viva el duque de Orleans! viva la familia de Orleans!* acompañaron al Príncipe hasta el Palacio Real, no sin evitar algunas señales de descontento, reprimidas al instante por la mayoría de los espectadores; el pueblo gritaba con frenesí al ver pasar á caballo al duque de Orleans y al general Lafayette, mas algunas voces aisladas de *viva la república!* manifestaron, sin embargo, que los republicanos no se consideraban todavía vencidos. Los jefes de la trama orleanista ansiaban el momento de proclamar su rey, y así fué que al dia siguiente al de la inauguracion de la legislatura (4 de agosto), reuniéronse las Cámaras, la de los pares á puerta cerrada, y en sesion pública la de diputados; esta se ocupó en nombrar la mesa y en examinar las actas, aquella del mensaje que debia redactarse en contestacion al discurso del Teniente general, pero así en una como en otra reinaba la exclusiva idea de la creacion de un rey. El duque de Choiseul, en la Cámara de los pares, pidió el nombramiento de una comision que informase dentro de veinte y cuatro horas «acerca de los medios prontos y eficaces para restablecer de un modo permanente el orden y la tranquilidad pública.» Boissy-d'Anglas dejó comprender mejor la idea de los orleanistas, diciendo: «Dictad al Teniente general el pacto en que se hallen consignados

sus derechos y nuestros deberes.» En la Cámara de diputados, Pavée de Vandauvre dijo sin rodeos: «Lo primero que debemos hacer es proclamar la deposición...» Y no pudo continuar. El palacio legislativo se hallaba rodeado de grupos que la conocida voz de Lafayette, de Benjamin Constant y de los diputados más influyentes del partido liberal podía apenas contener; pedíanse nuevas elecciones en virtud de la Constitución republicana de 1791, y durante el día 5 tomó la multitud un carácter más amenazador y más hostil. La reunión de los diputados en las secciones y la sesión pública se prolongaron hasta las once de la noche, y nombráronse candidatos á la presidencia á Casimiro Perier, Lafitte, Benjamin, Delessert, Dupin mayor y Royer-Collard, eligiendo el Teniente general al primero, que había obtenido mayor número de votos. Casimiro Perier, que había pasado del partido de Carlos X al del duque de Orleans, no asistió á la sesión del 6 de agosto, bajo pretexto de una indisposición que le permitió, en una carta dirigida á Lafitte y comunicada á la asamblea, enunciar un proyecto concertado en los conciliábulos del Palacio Real. «La Cámara, decía en aquella carta que desmentía todas sus palabras y toda su conducta desde la publicación de las ordenanzas, se halla con justicia impaciente, lo mismo que la Francia entera por legar á nuestra gloriosa patria un porvenir de dicha y una libertad fuerte y estable, satisfaciendo las verdaderas aspiraciones y necesidades públicas, y consolidando un poder nacional en manos del Príncipe ciudadano á quien las aclamaciones del país han llamado para afianzar el reinado de las leyes y el mantenimiento de los derechos nacionales.» Lafitte había reemplazado á Casimiro Perier en el sillón presidencial, y favoreció una comedia cuyos papeles habían sido distribuidos de antemano. Berard subió á la tribuna y leyó una proposición formal para que se modificasen algunos artículos de la Carta, y para que esta, luego de alterada, fuese jurada por el Teniente general, quien se convertiría entonces en *rey*

*de los franceses*, bajo los auspicios de la Cámara de diputados: «Carlos X y su hijo, dicen, pretenden en vano transmitir un poder que no poseen ya, pues se extinguió en la sangre de muchos miles de víctimas;» Berard hace en seguida el panegírico del duque de Orleans, «amigo sincero de las instituciones constitucionales;» invoca la ley de la necesidad que exige que la Cámara nombre *sin dilación* al jefe *definitivo* de un gobierno *estable y justo*, é indica las modificaciones que pueden ser introducidas útilmente en la Carta, y las leyes fundamentales que deberán añadirse al pacto constitucional. Tan audaz proposición no causa la menor sorpresa, y solo los realistas la escuchan con estupor; previsto y convenido todo entre los partidarios del duque de Orleans, la comisión encargada de examinar la proposición Berard ha de dar su informe dentro de breve plazo, y la Cámara suspende la sesión hasta las ocho de la noche. Lo que sucedía, lo que se preparaba había llegado á conocimiento de los grupos que se agitaban alrededor de la Cámara; los antiguos conspiradores, los miembros de las sociedades secretas, los jóvenes de las escuelas, se esforzaban en propagar entre el pueblo sus opiniones republicanas: acusaban á los diputados de hacer traición á la Francia excediéndose de su mandato, pedían que el país fuese consultado acerca de la forma de gobierno que había de establecerse, y deshacíanse en injurias contra la Cámara de los pares, siendo así que los realistas, á quienes la elocuencia de Chateaubriand había despertado apenas de su letargo, eran del todo inocentes de la intriga orleanista ó liberal que se tramaba hacia muchos días en la Cámara de diputados.

Á las ocho de la noche, al reunirse los diputados para discutir la proposición Berard, hallaron obstruidas las avenidas de la Cámara por una multitud amenazadora que aumentaba á cada instante y que gritaba: ¡*Muera la Cámara de los pares!*; ¡*Abajo los privilegios!* Mauguin y Benjamin Constant procuraron calmar la efervescencia de aquella indignada juventud que acusaba á Lafayette de debili-

dad y á los diputados de traicion, y restablecióse por fin el orden, cuando el pueblo, airado contra los pares, se hubo convencido de

neral del reino, que remitia aquel documento á los archivos de la Cámara, no hacia mencion del heredero legítimo que designaran los



EL DUQUE DE ORLEANS Y EL DUQUE DE AUMAIE.

que aquella Cámara se hallaba totalmente postergada y no reivindicaba la menor iniciativa política. La sesion de los diputados empezó con la presentacion del acta de abdicacion de Carlos X y del Delfin; pero el Teniente ge-

dos jefes de la rama primogénita de los Borbones, colocándole bajo la salvaguardia del *Regente*. Votáronse luego acciones de gracias á los habitantes de Paris por su conducta durante las *gloriosas jornadas*, y presentóse al

# LA VUELTA POR ESPAÑA.

El presente libro es el resultado de un viaje que se hizo en el año 1845 por España, y cuyo objeto principal era el de dar a conocer a los extranjeros el estado actual de España, y especialmente de sus costas, puertos, montañas, ríos, lagos, y otros puntos de interés geográfico y topográfico. El autor, que es un viajero experimentado, ha tratado de dar una idea exacta de lo que se ve en cada punto, y de describir con claridad y sencillez lo que le ha interesado.

## PRIMERA PARTE.

El presente libro es el resultado de un viaje que se hizo en el año 1845 por España, y cuyo objeto principal era el de dar a conocer a los extranjeros el estado actual de España, y especialmente de sus costas, puertos, montañas, ríos, lagos, y otros puntos de interés geográfico y topográfico. El autor, que es un viajero experimentado, ha tratado de dar una idea exacta de lo que se ve en cada punto, y de describir con claridad y sencillez lo que le ha interesado.

El presente libro es el resultado de un viaje que se hizo en el año 1845 por España, y cuyo objeto principal era el de dar a conocer a los extranjeros el estado actual de España, y especialmente de sus costas, puertos, montañas, ríos, lagos, y otros puntos de interés geográfico y topográfico. El autor, que es un viajero experimentado, ha tratado de dar una idea exacta de lo que se ve en cada punto, y de describir con claridad y sencillez lo que le ha interesado.

El presente libro es el resultado de un viaje que se hizo en el año 1845 por España, y cuyo objeto principal era el de dar a conocer a los extranjeros el estado actual de España, y especialmente de sus costas, puertos, montañas, ríos, lagos, y otros puntos de interés geográfico y topográfico. El autor, que es un viajero experimentado, ha tratado de dar una idea exacta de lo que se ve en cada punto, y de describir con claridad y sencillez lo que le ha interesado.

El presente libro es el resultado de un viaje que se hizo en el año 1845 por España, y cuyo objeto principal era el de dar a conocer a los extranjeros el estado actual de España, y especialmente de sus costas, puertos, montañas, ríos, lagos, y otros puntos de interés geográfico y topográfico. El autor, que es un viajero experimentado, ha tratado de dar una idea exacta de lo que se ve en cada punto, y de describir con claridad y sencillez lo que le ha interesado.

El presente libro es el resultado de un viaje que se hizo en el año 1845 por España, y cuyo objeto principal era el de dar a conocer a los extranjeros el estado actual de España, y especialmente de sus costas, puertos, montañas, ríos, lagos, y otros puntos de interés geográfico y topográfico. El autor, que es un viajero experimentado, ha tratado de dar una idea exacta de lo que se ve en cada punto, y de describir con claridad y sencillez lo que le ha interesado.

El presente libro es el resultado de un viaje que se hizo en el año 1845 por España, y cuyo objeto principal era el de dar a conocer a los extranjeros el estado actual de España, y especialmente de sus costas, puertos, montañas, ríos, lagos, y otros puntos de interés geográfico y topográfico. El autor, que es un viajero experimentado, ha tratado de dar una idea exacta de lo que se ve en cada punto, y de describir con claridad y sencillez lo que le ha interesado.

# LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

## TERCER PROSPECTO.

Nuestro viaje está recorriendo su tercera etapa.

Después de haber visitado siete provincias, hemos llegado á la de Barcelona, y nuestro trabajo encuentra en esta localidad un campo mas vasto en que poder desarrollarse.

Historia, artes, ciencias, industria, comercio, todo parece haberse reunido en Barcelona para dar mas importancia á esta region de España, que si grandes recuerdos encierra en su pasado, no menos preclaros timbres ha llegado á obtener en los presentes.

Árdua fue la tarea que nos impusimos al dar comienzo á nuestra publicacion, graves dificultades nos salen á cada momento al paso, dificultades que hemos conseguido ir venciendo, habiendo llenado nuestro cometido, si no con la perfeccion que hubiésemos deseado, al menos hasta donde nuestra humilde inteligencia ha podido alcanzar.

Barcelona, como ya hemos dicho, nos ofrece un campo mas dilatado; las dos épocas que nos presenta, la pasada y la presente; el trabajo de la inteligencia y el trabajo de la política; los hombres que dieron importancia por medio de las armas, de los tratados y de las conquistas á la antigua corona de Aragon, y los hombres que á fuerza de perseverancia, de laboriosidad y de energia han sabido nivelar su industria con las mas importantes del extranjero, concurrendo con su óbolo á la ereccion de ese gran monumento que la civilizacion moderna está construyendo, ofrecen mucho á los ojos del viajero y mucho tambien á la pluma del historiador.

El pasado y el presente de Barcelona serán visitados por nosotros con la misma escrupulosidad que lo han sido las anteriores provincias. La misma marcha que en estas hemos seguido, la continuaremos en la que hoy damos comienzo, y tan ameno como ha sido el viaje por aquellas, tan recreativo procuraremos que sea en esta.

Sus monumentos, sus recuerdos, sus tradiciones, han de darnos esfera amplia para desarrollar esos cuadros de entretenimiento y solaz; y su industria, ese poderoso elemento de riqueza creado y sostenido por la constancia y el esfuerzo de los hijos de Cataluña, será tratado por nosotros con la delicadeza y el esmero que tanto merece.

Enemigos de elogiar nuestros trabajos, preferimos demostrar á prometer, y como precisamente hay ya publicados dos tomos en los que se hallan condensadas nuestras observaciones por siete distintas provincias, á ellos solamente dejamos el elogio ó la censura, respecto á la realizacion de nuestras primeras ofertas.

En ellos, que contienen el primero, las provincias de Guadalajara, Cuenca, Soria y Zaragoza; y el segundo, las de Huesca, Lérida, Gerona y la república de Andorra, puede verse, no solamente el trabajo de los viajeros y el estudio hecho en aquellas localidades, si que tambien la parte material de la publicacion que ni por el papel empleado en ella, ni por la cantidad de lectura, ni por la multitud de grabados que la ilustran, guarda proporcion con lo exiguo de su precio.

Y ya que de los grabados hablamos, debemos llamar respecto á ellos la atencion de nuestros lectores, tanto porque en su mayor parte están tomados del natural, cuanto porque existen muchos tambien que no se han visto en ninguna de las obras que se han publicado referentes á esta provincia.

Encomendadas á los mejores artistas, obran ya en nuestro poder la mayor parte, entre los que debemos hacer especial mencion de los de las torres y absides de la Catedral y Santa Maria del Mar, varios interiores de la Catedral, vistas de distintos puntos, máquinas industriales y otros que fuera prolijo enumerar.

## BASES DE LA PUBLICACION.

Esta obra se publica por entregas de 8 páginas en 4.º mayor, de excelente papel y elegantes caracteres, con grabados intercalados en el texto. El precio de cada entrega es el de *medio real en toda España*, repartiéndose cuatro semanales.—Atendido á que ha terminado la publicacion de los dos primeros tomos, los señores que deseen adquirir la obra pueden hacerlo bien de una vez, bien por cuadernos semanales, recibiendo uno ó mas, segun su voluntad, siéndoles servido con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, admitiéndose tambien suscripciones á tomos determinados, de los publicados ya.